

La personalidad autoritaria y la cultura cívica: de Adorno a Almond y a Verba

Roberto García Jurado*



Palabras clave: cultura política, sistema social e ideológico, instituciones, prácticas económicas y sociales, personalidad autoritaria, personalidad comunista, personalidad y cultura, personalidad política.

Resumen

El objetivo central de este artículo es demostrar que la teoría de la cultura política se desprende y se funda en buena medida sobre las teorías de la personalidad desarrolladas ampliamente en el campo de la psicología social; más específicamente, el texto pretende mostrar que el concepto de cultura cívica se desprende en cierto modo del de personalidad autoritaria, introduciendo en la ciencia política algunas de las limitaciones explicativas que en el terreno de la psicología tiene dicho concepto.

Abstract

The central point of this article is to show that the theory of political culture follows and is based to a certain extent on the theories of the personality developed widely in the field of social psychology; more specifically, the text aims to demonstrate that the concept of civic culture is the result, in a certain way, of an authoritarian personality, introducing into political science some of the explicative limitations that this concept has in the field of psychology.

* Departamento de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana, plantel Xochimilco, Calzada del Hueso 1100, Col. Villa Quietud, Delegación Coyoacán, C. P. 04960, D.F. México,

Introducción

Muchos de los debates más encendidos dentro de la ciencia política contemporánea se dan en torno a la cuestión de la cultura política. Aunque el interés en esta materia ya se venía manifestando con gran intensidad desde mediados del siglo XX, su atractivo se magnificó notablemente a finales de siglo, debido en buena medida a la desintegración del bloque comunista, lo que despertó un gran interés en las bases sociales y culturales de la democracia.

Antes de esa debacle, uno de los desafíos más inquietantes de las democracias establecidas y de las sociedades que aspiraban a serlo era el de diferenciarse clara y positivamente del modelo social representado por el comunismo, que se constituía a partir de una compleja combinación de instituciones y prácticas económicas, sociales e ideológicas. Sin embargo, una vez desaparecida la opción comunista, tanto en el terreno geopolítico como en el ideológico, el cambio de régimen político factible para una sociedad democrática, o una que quiera serlo, no implica ya un cambio de sistema económico y, en muchos casos, ni siquiera del social e ideológico. Desaparecida así la disyuntiva entre dos modelos sociales excluyentes, la discusión y reflexión en torno al cambio político parece reducirse a las condiciones de instalación y permanencia de los regímenes democráticos, tanto en lo que concierne a sus ins-

tituciones políticas como al tipo de cultura política prevaleciente.

Dentro de esta polémica, uno de los conceptos más importantes es el de la cultura cívica, el cual fue desarrollado a principios de los 60 por Gabriel Almond y Sydney Verba. Desde entonces, se ha generado un intenso debate sobre el concepto y la teoría sustentados por estos autores que en el fondo se condensa en el intento para definir la cultura política más acorde con los gobiernos democráticos, la cual, de acuerdo a éstos, es la cultura cívica.

No obstante, a pesar de que esta discusión ha tenido una gran repercusión en la ciencia política, la teoría de la personalidad política que se encuentra estrechamente vinculada a ella ha sido bastante menos difundida y ventilada, hallando prácticamente sólo refugio en el ámbito de la psicología. Sin embargo, la interrelación entre la cultura política y la personalidad política es de un enorme interés, sobre todo considerando que el concepto de cultura cívica se desprende en buena medida de la reflexión y discusión sobre la teoría de la personalidad autoritaria desarrollada a mediados del siglo XX, en la cual participó animadamente Almond, de donde extrajo una serie de hipótesis e ideas que evolucionarían y se desarrollarían después en su teoría de la cultura cívica.

La personalidad autoritaria

Una de las características más importantes y distintivas de la ciencia política estadounidense de mediados del siglo XX fue su atención a los procesos individuales y grupales de la actividad política. Desde la perspectiva del conductismo, corriente de la cual Gabriel Almond es uno de los representantes

más reconocidos, la ciencia política tradicional se había limitado a estudiar la realidad política mediante el análisis de las instituciones públicas y las leyes, por lo que se hacía necesario ampliar la perspectiva de estudio a las conductas políticas sociales e individuales.

Al cambiar el foco de atención de las instituciones y su actividad legalmente regulada a la conducta política individual y social carente de regulación jurídica pero efectiva y observable, el análisis político se enfrentó no sólo a la tarea de captar y describir estas conductas, sino también, y sobre todo, a explicar los motivos y razones que llevaban a los individuos a actuar de un cierto modo en la vida pública.

Si en el siglo XIX la ciencia política había recurrido al derecho como disciplina auxiliar para estudiar a las instituciones políticas y su desempeño jurídicamente regulado, en el XX, principalmente en la primera parte, la ciencia política estadounidense recurrió con cierta regularidad a la psicología para analizar la conducta social y política del individuo.¹ En Estados Unidos, y probablemente también en el mundo, Harold Lasswell fue el primer politólogo en usar este recurso, basándose principalmente en las teorías psicoanalíticas de Sigmund Freud. Almond, que fue discípulo distinguido de Lasswell en la Universidad de Chicago, siguió su ejemplo lo que puede apreciarse claramente en sus primeros trabajos de investigación y en los artículos que publicaron conjuntamente en 1934 y 1935.²

Esta temprana atención de Almond hacia los aspectos subjetivos de la conducta política social e individual se ha mantenido constante a lo largo

del tiempo, y puede apreciarse aun en su libro más reciente, *Strong Religion. The Rise of Fundamentalisms Around the World*, convirtiéndolo así en el politólogo estadounidense más reconocido que se ha ocupado de este campo de estudio.³ A pesar de que una buena parte de este prestigio y reconocimiento se deben al estudio y el concepto de la *cultura cívica*, sus trabajos en torno a la personalidad política no desmerecen en interés y, en buena medida, son un recurso muy valioso para comprender de una manera más amplia y profunda su teoría de la cultura política.

Aunque Almond analiza el tema de la personalidad política en varios trabajos, es particularmente en uno de los más tempranos, *The Appeals of Communism*, en donde lo desarrolla ampliamente.⁴ El libro resulta de gran interés no sólo porque en él Almond se ocupa de las actitudes y apreciaciones políticas subjetivas de los individuos, lo cual será una base fundamental para el ulterior desarrollo de los principios teóricos de *The Civic Culture*,⁵ sino también porque el politólogo trataba de erigirse como una replica o una respuesta crítica a uno de los libros más influyentes en la ciencia política de los años cincuentas, *The Authoritarian Personality*, de Theodor Adorno y otros colaboradores, el cual muy pronto se convirtió en el punto de referencia obligado de todo estudio hecho en torno a la psicología política.⁶

¹ Un recuento de la interacción entre las dos disciplinas y, de hecho, de la generación del subcampo de la psicología política puede encontrarse en William F. Stone, "Political Psychology. A Whig History" en Samuel L Long *The Handbook of Political Behavior*, Nueva York, Plenum, 1981. También puede encontrarse una alusión directa a los vínculos entre la teoría de la cultura política y la psicología en la introducción al texto de Lucian Pye y Sydney Verba (eds.) *Political Culture and Political Development*, Princeton, Princeton University Press, 1965. Por otro lado, una crítica muy interesante del enfoque psicológico de la política la ofrece John H. Bunzel, para quien se ha privilegiado el aspecto irracional e involuntario del hombre reduciendo a la política a una conflicto emocional. *Vid. Antipolitics in America* Nueva York, Vintage Books, 1970.

² *Vid.* los artículos "The official" y "The client" de Harold Lasswell y Gabriel Abraham Almond, reunidos bajo el título "The participant-observer: a study of administrative rules in action", en Harold Lasswell, *The Analysis of Political Behaviour. An Empirical Approach*, Londres, Routledge y Kegan Paul, 1966 (1947).

³ G. Almond, R. Scott Appleby y Emmanuel Sivan, *Strong Religion. The Rise of Fundamentalisms Around the World.*, Chicago, University of Chicago Press, 2003.

⁴ G. Almond, *The Appeals of Communism*, Princeton, Princeton University Press, 1965 (1954).

⁵ G. Almond y Sydney Verba, *The Civic Culture* Princeton, Princeton University Press, 1963.

⁶ Theodor Ludwig Wiesengrund Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y R. Nevitt Sanford, *The Authoritarian Personality*, Nueva York Harper & Row, 1950. Para calibrar la repercusión de este libro, un recuento hecho apenas 6 años después de su aparición encontró más de 230 títulos de publicaciones alusivas a éste. *Vid.* Roger Brawn, "The Authoritarian Personality and the Organization of Attitudes" en John T. Jost y Jim Sidanius (eds.), *Political Psychology. Key Readings*, Nueva York y Hove, Psychology Press, 2004.

La significación y relevancia de *The Authoritarian Personality* se debieron fundamentalmente a dos motivos, uno metodológico y otro teórico. En términos metodológicos el libro representó un hito en la historia de la ciencia política estadounidense porque por primera vez se emprendía un amplio estudio que combinaba el método de la encuesta, las entrevistas a fondo y los tests proyectivos para probar una teoría política. Así, clínica psicológica y análisis político se combinaban para tratar de explicar y esclarecer este carácter social, la personalidad autoritaria, que por estos años resultaba más que preocupante. También se distinguía por la amplitud del estudio, poco habitual por entonces, ya que se aplicaron poco más de 2000 cuestionarios, lo que produjo un volumen de información difícil de manejar con las técnicas de procesamiento de datos disponibles en la época.

Otra de las novedades metodológicas del libro era la presentación de lo que sus autores denominaron la escala *F*. Las escalas de medición de actitudes sociales y psicológicas ya se habían comenzado a difundir en los Estados Unidos desde la década de los 30, pero éste era el primer caso en que se utilizaban con el propósito de probar una teoría política específica.⁷ Esta medida fue elaborada a partir de una serie de indicadores proporcionados por las respuestas de los entrevistados, cuya combinación permitía atribuir a cada persona una puntuación que lo colocaba en un determinado nivel de la escala del fascismo: entre más alto calificara un individuo, se consideraba más próximo a esta ideología; entre más baja fuera su nota, más democrática se consideraba su personalidad. Los individuos que se ubicaban más alto en esta medida eran los que pensaban siempre en términos jerárquicos,

odiaban todo lo débil, idealizaban a sus padres, creían en el individuo medio, valoraban en exceso el éxito, eran desproporcionadamente optimistas, pensaban en términos rígidos y estereotipados, rechazaban lo subjetivo y las opiniones críticas, etc. Por el contrario, los individuos que se encontraban en las posiciones bajas de la escala eran los que habían obtenido una valoración baja en todos estos indicadores.

Además de la escala *F*, los autores elaboraron otras tres escalas: la escala *A-S*, que medía el grado de antisemitismo; la escala *E*, destinada a medir el etnocentrismo; y la escala *PEC*, la cual trataba de registrar el conservadurismo político y económico de los entrevistados. Sin embargo, de todas ellas, la que despertó mayor atención fue la escala *F* que, como se dijo antes, fue ideada para percibir la propensión al fascismo, tratando de identificar a los fascistas potenciales a través de la articulación de sus respuestas al cuestionario respectivo.⁸

La metodología para elaborar estas escalas, sobre todo la escala *F*, suscitó ciertamente un gran interés, pero también atrajo una gran cantidad de críticas. Uno de los problemas que ha propiciado mayor discusión en torno a las escalas de actitud es el de colocar en un plano lineal a dos extremos considerados opuestos, antagónicos incluso, cuando muy probablemente haya muchos casos en los que no se produzca una polarización lineal. Esto significa, en el caso específico de las actitudes políticas, que los opuestos identificados como conservadurismo-liberalismo, izquierda-derecha, fascista-demócrata, etc., no necesariamente son polos antagónicos, es decir, habrá casos en los que alguien que no sea demócrata no necesariamente se acerque al fascismo, o alguno que sin ser conservador no necesariamente

⁷ Vid. Daniel J. Levinson, "Political Personality. Conservatism and Radicalism" en David L Sills, (ed.) *International Encyclopedia of the Social Sciences* vol. 12, Nueva York, The Macmillan Company, 1968.

⁸ En un trabajo publicado previamente, los colaboradores de Adorno se habían referido al síndrome de la personalidad fascista como la personalidad antidemocrática, es decir, no habían usado el término fascismo. Al parecer, fue con la incorporación de Adorno al proyecto con lo que se adoptó este concepto, sin lo cual la escala *F* tal vez se habría llamado la escala *A*. El mismo Daniel Levinson afirmó posteriormente que probablemente habría sido mejor llamar escala *A* a la *F*, aunque en este caso la denominación de la escala no aludiese al término *antidemócrata*, sino al de *autoritario*. Vid. *ibid* y Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levison y R. Nevitt Sanford, "La personalidad autoritaria (La personalidad antidemocrática)", en Harold Proshansky y Bernard Seidenberg (eds.), *Estudios básicos de psicología social*, Madrid, Tecnos, 1973.

se aproxime al liberalismo. Así, se han hecho numerosas sugerencias en el sentido de que algunas de estas escalas bien podrían trazarse en un sentido ortogonal, lo cual se ajustaría mejor a la realidad en determinadas condiciones.⁹

En términos teóricos, *The Authoritarian Personality* causó un amplio revuelo debido a que a partir de sus resultados hubo quienes encontraron bases para atribuir a la sociedad estadounidense tendencias fascistas. El proyecto de Adorno y sus asociados se inscribía dentro de una serie denominada *Estudios sobre el prejuicio*, de la que Max Horkheimer era el director. El planteamiento teórico original del texto era que la discriminación y el prejuicio en contra de los judíos no se debían a ninguna característica intrínseca de este grupo etno-religioso, sino a la propia personalidad y estructura psíquica de quien discriminaba. Durante la etapa de preparación del estudio, los autores ampliaron su perspectiva teórica para demostrar que aquellos que discriminaban a los judíos tenían también una elevada propensión a discriminar a otros grupos sociales y a albergar además una serie de actitudes éticas, religiosas, sociales y políticas que los convertía en fascistas potenciales.¹⁰

No obstante los numerosos e indiscutibles méritos de la obra, uno de sus principales problemas fue el sesgo de la muestra en que se basó, ya que la mayor parte de los entrevistados radicaban en el área de San Francisco, eran jóvenes, de clase media y estaban vinculados a una serie de organizaciones sociales formalmente establecidas.¹¹ De acuerdo a lo dicho por los propios autores, esto no representaba problema alguno, en tanto que su propósito no era extraer una muestra representativa para definir el carácter político de la sociedad estadounidense, sino establecer la relación que existía entre un conjunto de actitudes éticas, religiosas, sociales y políticas, específicamente el sentimiento antijudío, con una determinada posición política, como era el fascismo. A pesar de ello, en muchos pasajes del libro no queda del todo claro si los juicios de los autores se refieren a la población específica entrevistada o a la sociedad estadounidense en general, ambigüedad que alimentó la impresión de que el texto documentaba las actitudes autoritarias e intolerantes de esta sociedad. En un país que se preciaba, y se precia, de ser la encarnación de las libertades y la democracia moderna, este tipo de juicios no podía sino herir profundamente incontables susceptibilidades.

⁹ Las escalas de medición de actitudes ideológicas han proliferado notablemente desde la publicación de *The Authoritarian Personality*, en un recuento que sólo hace mención de las aportaciones recientes, se llegan a listar hasta 16 de estas escalas de medición. Vid. Knight, Kathleen, "Liberalism and Conservatism" en John P. Robinson, Phillip R. Shaver y Lawrence S. Wrightsman (eds.), *Measures of Political Attitudes*, vol. 2, San Diego, Academic Press, 1999. Vid. también Bob Altemeyer, "The Other 'Authoritarian Personality'", en John T. Jost y Jim Sidanius (eds.), *Political Psychology. Key Readings*, Nueva York y Hove, Psychology Press, 2004; Friedrich Funke, "The Dimensionality of Right-Wing Authoritarianism: Lessons from the Dilemma Between Theory and Measurement", en *Political Psychology*, vol. 26, núm. 2, abril de 2005 y Detlef Oesterreich, "Flight into Security: A New Approach and Measure of the Authoritarian Personality", en *Political Psychology* vol. 26, núm. 2, abril de 2005.

¹⁰ Vid. John J. Ray, "Conservatism, Authoritarianism, and Related Variables: A Review and Empirical Study", en Glenn D. Wilson, *The Psychology of Conservatism*, Londres/Nueva York, Academic Press, 1973 y Michael Billig, *Fascist. A social Psychological View of the National Front.*, Londres, Academic Press, 1978.

¹¹ Algunos otros problemas metodológicos son señalados en el artículo de Herbert H. Hyman y Paul B. Sheatsley, "The Authoritarian Personality: A Methodological Critique", en Richard y Marie Jahoda Christie, (eds.), *Studies in the Scope and Method of "The authoritarian personality"* Glencoe, Free Press, 1954.

La personalidad comunista

Alcanzado por la repercusión de este texto, Almond emprendió el proyecto *The Appeals of Communism*.¹² Su propósito general era mostrar que los individuos con una ideología radical de izquierda, particularmente los militantes de los partidos comunistas, tenían serios problemas de adaptación social y de desorden de su personalidad, al grado de que muchos de ellos eran neuróticos. Así, el texto de Almond parecía invertir el sentido de la crítica sustentada por Adorno y sus asociados y, aunque no exculpaba a los individuos de ideología conservadora, se aplicaba en la caracterización política de los militantes comunistas atribuyéndoles una personalidad autoritaria.

Tiempo después y en un trabajo distinto, Almond explicó que en cierta medida *The Appeals of Communism* se había inspirado en los cuestionamientos críticos que Edward Shils dirigiera en contra del texto de Adorno y sus colaboradores. De acuerdo a esta explicación, el objetivo del proyecto no era sólo caracterizar a los militantes comunistas como individuos neuróticos con serios desequilibrios emocionales, sino demostrar que los desórdenes de la personalidad conducían a posiciones políticas extremistas, ya fueran de izquierda o de derecha. Muy probablemente, la idea de Shils también contribuyó al posterior desarrollo de la escala *T* (Blandura-dureza mental, *Tough-mindedness-tendermindedness*, en inglés) de Eysenck y a la escala *D* (Dogmatismo) de Rokeach, quienes las construyeron con el propósito de mostrar que el extremismo de izquierda o de derecha podía tener un mismo sustrato psíquico, caracterizado sobre todo por la inflexibilidad y rigidez de las actitudes sociales y políticas de los individuos y su incapacidad para adaptarlas a un entorno cambiante.¹³

A propósito de la personalidad autoritaria, la crítica elaborada por Shils no sólo contribuyó a la configuración del texto de Almond, sino que aportó una idea fundamental al concepto y la teoría de la cultura cívica: una sociedad democrática liberal probablemente no funcionaría adecuadamente sólo con personalidades democráticas y seguramente funcionará mejor si ciertas funciones y actividades son desempeñadas por personalidades distintas, incluso autoritarias. Tal vez no haya sido ésta la única fuente de inspiración de Almond, pero es evidente que en ella está ya la semilla de su planteamiento del ciudadano y la cultura cívica como una mezcla de orientaciones políticas.¹⁴

La metodología seguida por Almond para el análisis de la personalidad comunista fue hasta cierto punto similar a la de Adorno: elaboró y aplicó un cuestionario a exmilitantes del partido comunista de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia e Italia; analizó las historias clínicas de 35 de estos individuos gracias al acceso que le dieron a ellas algunos psicoanalistas y realizó además un análisis de contenido de la prensa comunista, técnica del todo innovadora en ese campo ya que la había aprendido directamente de su propio creador, Harold Lasswell.

La hipótesis de Almond era que los individuos que se dirigían y terminaban afiliándose al partido comunista lo hacían guiados más por desórdenes personales que por sólidas convicciones políticas o ideológicas. Más aún, consideraba que la mayor parte de ellos buscaban resolver o disimular con su militancia política problemas de orden personal y privado, de ahí que los considerara individuos afectados por la neurosis.¹⁵

¹² G. Almond, *The Appeals of Communism*, Princeton, Princeton University Press, 1954.

¹³ Véase Hans Jürgen Eysenck, *Psicología de la decisión política*, Barcelona, Ariel, 1964 y Milton Rokeach, *The Open and Closed Mind*, Nueva York, Basic Books, 1960.

¹⁴ Almond explica esto en "The Appeals of Communism and Fascism" en *Ventures in Political Science. Narratives and Reflections*, Boulder, Lynne Rienner, 2002. La crítica de Shils puede verse en "Authoritarianism: 'Right' and 'Left'", en R. y M. Jahoda Christie, *op. cit.*

¹⁵ "Podría sugerirse que algunos tipos particulares de desajuste emocional o algunos patrones únicos de desarrollo psicológico están en la base de la susceptibilidad neurótica al comunismo." G. Almond, *The Appeals of Communism...*, *op. cit.*, p. 258.

Para Almond, no existía nada más opuesto a la sociedad democrática, liberal y pluralista, de la que Estados Unidos era el ejemplo más prominente, que la sociedad comunista. Dentro de las mismas sociedades democráticas occidentales el partido comunista era un ejemplo de organización monolítica, absorbente y opresiva; a imagen del modelo de sociedad que pretendía instaurar. Consideraba que si alguna vez el comunismo se había erigido como una protesta contra las injusticias del capitalismo del siglo XIX, su ética política había degenerado desde entonces hasta convertirse en una ideología decadente.¹⁶

El partido comunista era presentado como una organización que exigía del individuo una sumisión absoluta, incondicional. Su grado de exigencia llegaba a desplazar a la familia o a cualquier otra organización social que interfiriera con la lealtad y la dedicación exclusiva del individuo. A cambio, el partido se ofrecía como sustituto absoluto de toda necesidad social, ideológica y ética; se presentaba prácticamente como un cuerpo místico, dotado de una escatología trascendental, dispuesta a redimir los sacrificios temporales.¹⁷

A su vez, el militante comunista era presentado como un individuo hostil, agresivo e introvertido, que encontraba en el partido un medio para canalizar su hostilidad y agresividad reprimida hacia el conjunto de la sociedad; gracias al partido este resentimiento se convertía en un objetivo social dotado de sentido, ideológicamente legítimo. Almond llegó a valerse de una metáfora bélica para representar la oposición entre la democracia y el comunismo: si la democracia ofrecía a los individuos un

modelo de convivencia civil y tolerante, la ideología comunista brindaba a sus militantes un modelo combativo, beligerante.

A pesar de esta imagen general, Almond reconocía que había diferencias sustanciales entre los partidos y los militantes comunistas de los cuatro países que había analizado. Una de las diferencias más importantes, por ejemplo, era que encontraba a los militantes de los partidos comunistas de Gran Bretaña y Estados Unidos más aquejados de desórdenes personales neuróticos que a los de Francia e Italia. La explicación que ofrecía de ello era que en estos países la ideología y los partidos comunistas tenían una función política y social mucho más orgánica, significativa y legítima que en los primeros. En estos países europeos la ideología y los partidos comunistas eran considerados reales y verdaderos vehículos políticos para llegar a determinados fines sociales. En cambio, siendo sólo movimientos marginales y atípicos en Gran Bretaña y Estados Unidos, su imagen pública no les permitía atraer sino a personalidades políticas del mismo corte.

El partido comunista de Estados Unidos, más que el de Gran Bretaña, albergaba a personas con desórdenes neuróticos debido a que en este país una gran parte de sus militantes habían nacido en el extranjero, en Europa principalmente, o bien eran hijos de estos inmigrantes. Esto significaba, en términos sociales, que eran individuos objetivamente aislados, rechazados y forzados a la introversión; marginados realmente de una sociedad que sólo muy lentamente los aceptaba e incorporaba a su dinámica interna. El partido se convertía así en un medio para resistir y superar la marginación social.¹⁸

¹⁶ "Una de las ironías más ominosas de la historia es que el movimiento comunista, el cual tomó su primer impulso como protesta contra los males del siglo XIX, se convertiría él mismo en el más grave mal del siglo XX. La historia del comunismo puede ser contada en términos de la degradación de su ética política." *Ibid.* p. 370.

¹⁷ También Lewis Alfred Coser, en su libro *Instituciones voraces* (México, Fondo de Cultura Económica, 1978), llega a considerar al partido comunista como un ejemplo de éstas.

¹⁸ "Así, hemos visto que el comunismo puede atraer a personas abiertamente hostiles y resentidas hacia su entorno, a personas neuróticamente pasivas y dependientes, y a personas apartadas y aisladas de su entorno. Parecería que el comunismo puede atraer a personas que se sienten rechazadas o son rechazadas por su entorno...Estos aspectos del comunismo tienen una atracción obvia para personas que albergan en sí mismas sentimientos de debilidad y subestima como consecuencia de experiencias infantiles tempranas, así como para personas que han sido objetivamente rechazadas por su entorno." G. Almond, *The Appeals of Communism...*, *op. cit.*, p. 279

Atendiendo a la explicación dada posteriormente por Almond, *The Appeals of Communism* pretendía mostrar que no eran los individuos con ideología de izquierda, o no sólo éstos, los que se caracterizaban por afecciones de su personalidad integral, sino más bien que los desórdenes psíquicos podían conducir a posturas políticas extremistas ya fueran de derecha o de izquierda. Explícitamente, Almond planteaba que la personalidad normal, modal, generalmente se dirigía a una ideología normal, modal.

The Appeals of Communism nunca alcanzó la notoriedad de *The Authoritarian Personality*. Una de las razones probables de ello es que mientras la primera se interpretó como una defensa de la sociedad estadounidense, sumándose a una caudalosa corriente en este sentido, la segunda fue interpretada como una crítica, como un ataque y, sobre todo, como una advertencia, lo cual provocó múltiples y encendidas reacciones. Además, debe considerarse que mientras el proyecto de investigación de Adorno y asociados se concibió a finales de los cuarenta, cuando todavía la sensación amenazante del fascismo no desaparecía del todo de la mentalidad de las sociedades occidentales, la investigación de Almond se desarrolló a principios de los años cincuenta, cuando el comunismo dejaba ya de verse como un aliado y comenzaba a percibirse como una amenaza para Occidente similar a la del fascismo.¹⁹

No obstante, seguramente otra de las razones que explican la menor proyección del estudio de Almond fue su congénita debilidad metodológica. Esta debilidad es notable no sólo porque él mismo criticó acremente las fallas metodológicas del texto de Adorno y sus colegas, sino porque su propia carrera profesional y su obra intelectual se han caracterizado

por llamar la atención sobre los aspectos metodológicos y científicos de la disciplina, para no mencionar que él mismo es identificado como uno de los máximos exponentes del conductismo, una corriente que criticaba a la ciencia política tradicional precisamente por su falta de rigor metodológico.²⁰

Las deficiencias metodológicas más evidentes de la obra se refieren sobre todo a la muestra, tanto por lo que concierne a su tamaño como a su sesgo. El tamaño de la muestra que usó Almond contrasta notoriamente con la utilizada en *The Authoritarian Personality*: en tanto el primero se basó apenas en 221 casos, la segunda utilizó poco más de 2,000. Además, mientras Almond reunió a cuatro países en su estudio, lo que da una media de 55 casos por país, el estudio de Adorno concentró sus esfuerzos en un área de Estados Unidos más o menos acotada, la bahía de San Francisco, lo que si bien anuló las posibilidades de ampliar las conclusiones a todo el país, impidió que la muestra se dispersara como en el estudio de Almond que, por ejemplo, elaboró sus conclusiones para el caso de Gran Bretaña basándose tan sólo en 50 casos.

En lo que se refiere al sesgo de la muestra, esta falla resulta mucho más seria. Por un lado, es muy probable que su reducido tamaño se haya debido a la limitación de recursos, pero por el otro, la falla del sesgo no se puede explicar sino como una deficiencia en la concepción del proyecto. Almond realizó su estudio y análisis basándose sólo en las respuestas e historias clínicas de exmilitantes comunistas, de personas que por una u otra razón habían dejado de pertenecer a este partido en el momento de responder al cuestionario o la entrevista. Atendiendo a las propias conclusiones de Almond, y considerando so-

¹⁹ Vid., por ejemplo, el libro de Samuel A. Stouffer, *Communism, Conformity and Civil Liberties. A Cross-Section of the Nation Speaks its Mind*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1955, en donde uno de los motivos más importantes de la investigación es mostrar hasta qué grado la sociedad estadounidense consideraba una amenaza real al comunismo.

²⁰ Los escritos que Almond ha dedicado a las cuestiones históricas y metodológicas de la disciplina son numerosos. Algunos de los más importantes son: "Politics, Science and Ethics", en *American Political Science Review* vol. 40, núm. 2, abril de 1946; "Political Theory and Political Science", en Ithiel de Sola Pool (ed.), *Contemporary Political Science: Toward Empirical Theory*. Nueva York, McGraw-Hill, 1967; "Ciencia política: la historia de la disciplina", en Robert Goodin y Hans-Dieter Klingeman (eds.), *Nuevo manual de ciencia política*, Madrid, Istmo, 2001 (1996) y el conjunto de ensayos reunidos en G. Almond, *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999 (1990).

bre todo la decisiva significación de la organización en la experiencia vital de estos militantes, tal separación debió haber provocado una seria conmoción en sus ideas y en su vida cotidiana, lo que se pasa por alto de manera más que sorprendente.

Almond no ignoró el peligro de la distorsión que podía producir en sus conclusiones este sesgo; estaba plenamente consciente y lo advierte al lector en la parte introductoria del texto, por lo que extraña más aún que a pesar de esta limitación haya consi-

derado que de una muestra semejante podía obtener conclusiones válidas para todos los militantes. Es posible que muchos de los rasgos psíquicos que Almond asocia a las personalidades que tienden al extremismo político se presenten con alguna regularidad en cierto tipo de militantes comunistas, pero no cabe duda que difícilmente puede emprenderse una demostración empírica de ello con un método semejante.

Personalidad y cultura

Independientemente de estas limitaciones, el estudio de Almond resulta muy interesante porque adelanta dos hipótesis teóricas que serían fundamentales para la teoría y el concepto de la cultura cívica.

La primera de ellas se encuentra también en *The Authoritarian Personality* y se refiere a la conexión que hay entre las actitudes no políticas y las políticas, es decir, a la estructura integral de la personalidad, que conecta así las actitudes y conductas económicas, éticas, religiosas y sociales en general con las que son específicamente políticas, es decir, la congruencia y derivación que hay entre la personalidad integral y la personalidad política.²¹

Esta hipótesis teórica que resultaría fundamental para la cultura cívica es de gran interés porque de ella se desprende la idea de que la conducta política no sólo se puede estudiar basándose en las actitudes específicamente políticas, sino que hay un sinfín de esferas y campos sociales cuyo estudio contribuye

a la comprensión de los procesos políticos de una sociedad.²² Así, si en *The Appeals of Communism* Almond trató de explicar y demostrar la conexión que había entre las actitudes no políticas y las específicamente políticas de los individuos, en *The Civic Culture* se ocupó de mostrar cómo existía esta misma conexión en el terreno más amplio de la sociedad: mientras en el primero se establecía una conexión entre la personalidad integral y la personalidad política, en el segundo se conectaba la cultura de la sociedad con la cultura política.

Toda la tercera parte de *The Civic Culture* está dedicada a establecer las conexiones entre las actitudes, conductas y relaciones no políticas con las políticas; su nombre mismo "Social Relations and Political Culture", expresa la intención de mostrar cómo la forma en que los individuos usan su tiempo libre, se consideran generosos hacia los demás, confían en los otros, educan a sus hijos o cooperan con los demás, tiene relación con las actitudes políticas.

²¹ El primer párrafo de la introducción de *The Authoritarian Personality* lo plantea así: "La investigación que se reporta en este volumen estuvo guiada por la siguiente hipótesis fundamental: que las convicciones políticas, económicas y sociales de un individuo a menudo forman un modelo amplio y coherente, como si estuvieran unidas por una 'mentalidad' o un 'espíritu', y que este modelo es una expresión de profundas tendencias en su personalidad", *op. cit.*, p. 1.

²² En este sentido, una hipótesis fundamental de la influyente teoría de la cultura política de Ronald Inglehart es que la aprobación de la democracia depende más de la conformidad de los individuos hacia las condiciones y perspectivas de su vida cotidiana que de la aceptación hacia el desempeño y funcionamiento de las propias instituciones políticas. *Vid.* Ronald Inglehart, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, CIS, 1991.

La segunda hipótesis teórica se encuentra también en *The Authoritarian Personality* y en varias de las obras de Almond de esta época, incluida *The Appeals of Communism*. En estas obras se partía de la hipótesis de que la personalidad política de los individuos estaba altamente condicionada por la experiencia que tuvieran con la autoridad paterna en la etapa infantil. Rindiendo tributo a la influencia que sobre él ejercía Freud, ya sea directamente, a través de Lasswell, o de los intelectuales alemanes exiliados, Almond consideraba que el modelo de la relación de autoridad padre-hijo determinaba la personalidad integral del individuo, incluida obviamente la parte política.

Así, tanto para Adorno como para Almond, el factor personal determinante en la elección de las opciones políticas autoritarias era la experiencia de haber tenido un padre tiránico, opresivo e intolerante. Para ambos, el uso abusivo de la autoridad por parte del padre, o de la madre, en ciertos casos de la cultura tradicional estadounidense, condicionaba a los individuos para convertirse en personas agresivas, hostiles y autoritarias.²³ A la inversa, haber crecido en una familia en donde hubiera consideración hacia los deseos y motivaciones de los hijos generaba condiciones para que éstos desarrollaran una personalidad democrática, liberal, tolerante. La diferencia entre ambos, ya referida, era que mientras Adorno advertía que un padre autoritario generaba las orientaciones fascistas de los hijos, Almond lo asociaba con el comunismo.²⁴

No obstante, a diferencia de la primera hipótesis teórica, Almond no le da a ésta continuidad en *The Civic Culture*, sino que la abandona o, más bien, la transforma. Si en sus primeros trabajos Almond había considerado a la familia y la etapa infantil del individuo, particularmente la relación de autoridad con el padre, como el factor determinante de la personalidad política, o bien, en términos colectivos, de la cultura política, en *The Civic Culture* plantea que no son la infancia y la familia los factores determinantes de la socialización política. Ahí explica que existen tres agentes y etapas de socialización política fundamentales para el individuo: la familia y la relación de autoridad con el padre; la escuela y los modelos de autoridad educativa; y las organizaciones sociales de la vida adulta, particularmente los modelos de autoridad y participación en el trabajo.²⁵ Sin embargo, enfatiza que la más importante no es la primera de ellas, sino la última. Más aún, la infancia y la familia no quedan en la segunda posición, sino en la tercera.²⁶

Una de las conclusiones más importantes de *The Civic Culture* es que cuando un individuo ha tenido la oportunidad de participar en las decisiones que se toman en la familia, la escuela y el trabajo tiene mayores posibilidades de sentirse a sí mismo capaz y competente en las decisiones políticas, es decir, de tener mayor influencia, y por lo tanto, mayor participación política. Los efectos de cada una de estas tres estructuras son acumulativos: tiene mayor oportunidad de participar y de sentirse competente

²³ Para ver la función que se atribuye a la madre en algunos casos de socialización de la autoridad familiar en Estados Unidos *vid.* Erik H. Erikson, *Infancia y sociedad*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1993 y al mismo Almond, *The Appeals of Communism... op. cit.* p. 293.

²⁴ Almond desarrolla esta idea en el capítulo 10 de *The Appeals of Communism... op. cit.*; en "The Participant-Observer..." *op. cit.*, p. 267; y en "The Political Attitudes of Wealth", en *The Journal of Politics*, vol. 7. núm. 3, agosto de 1945, pp. 232, 253.

²⁵ Aunque en *The Civic Culture* Almond menciona a tres agentes de socialización política fundamentales, en *Política comparada* aumenta la lista a cinco: 1) la familia, 2) la escuela; 3) los grupos de amigos y compañeros; 4) el trabajo; y 5) los medios de comunicación. Mas tarde, en *Comparative Politics Today*, este listado se expandió considerablemente, llegando a enumerar a 9 agentes: 1) la familia; 2) las escuelas; 3) las instituciones religiosas; 4) los grupos de amigos y compañeros; 5) el género y la clase social; 6) los medios de comunicación; 7) los grupos de interés; 8) los partidos políticos; y 9) las estructuras gubernamentales. *Vid.* G. Almond y G. Bingham Powell, *Política comparada. Una concepción evolutiva*, Buenos Aires, Paidós, 1978 (1966), pp. 63-66 y G. Almond, G. Bingham Powell, Kaare Strom y Russell J. Dalton, *Comparative Politics Today. A World View*, Nueva York Longman, 2000, pp. 56-62.

²⁶ A pesar de que no queda del todo claro en *The Authoritarian Personality*, Max Horkheimer señaló posteriormente que una de las principales enseñanzas de esta investigación fue que la socialización política no se concentra en la niñez, como creían, sino que continúa en la adolescencia y más allá. *Vid.* Max Horkheimer, "La familia y el autoritarismo", en Erich Fromm, *et. al. La familia*, Barcelona, Península, 1970.

políticamente quien ha tenido estas posibilidades en las tres instancias que quien sólo las ha tenido en dos; y a su vez, quien las ha tenido en dos de ellas, tiene ventaja sobre aquel que sólo las había tenido en una. Además, el orden de importancia no es intercambiable, es decir, de las tres estructuras resulta más importante la participación en el trabajo, luego la correspondiente a la escuela y después la de la familia.²⁷

Influido muy probablemente por el giro que le dieron a la teoría psicoanalítica autores como Erich Fromm y Karen Horney, quienes cambiaron el acento que originalmente Freud había puesto en los factores biológicos y en la etapa infantil de la formación psicológica para resaltar los aspectos sociales y las condiciones ambientales de la vida adulta, Almond fue transformando así gradualmente el orden de primacía de los factores que determinaban la socialización política.²⁸

Más aún, una influencia todavía más directa en el cambio de la importancia de la familia y la relación con el padre, fue la obra de Harry Eckstein, como el mismo Almond lo reconoce, particularmente su teoría de la congruencia de la autoridad política.²⁹

En "A Theory of Stable Democracy",³⁰ Eckstein planteaba que una democracia que se deseara conservar y permanecer necesitaba que se diera una congruencia entre su estructura social y su estructura política, es decir, que se estableciera una correspondencia entre las formas de autoridad de sus instituciones políticas y las de sus instituciones sociales básicas. Algunas de estas instituciones básicas, como la familia, reconocía Eckstein, eran muy poco aptas para seguir un patrón democrático en la conformación de su autoridad; dado el involucramiento

de adultos e infantes, las relaciones jerárquicas eran en cierta medida necesarias.

No obstante, planteaba Eckstein, aún así podía alcanzarse la congruencia. Ésta se podía lograr si entre los extremos que representa el régimen democrático del Estado y el régimen jerárquico de la familia se establecía un espacio institucional intermedio cuya estructura poseyera una serie de gradaciones decrecientes, es decir; si organizaciones como los partidos políticos, que se encuentran muy cerca de la autoridad estatal, mantienen un principio de organización aceptablemente democrático, a los cuales pueden seguir otras organizaciones menos democráticas, hasta llegar a instituciones básicas como la familia, en donde la democracia es difícilmente practicable.³¹

Almond, tomando como base la teoría de Eckstein, la adaptó para proponer en *The Civic Culture* que la instancia más importante de la socialización política del individuo era el trabajo, ya que había encontrado en su estudio que en comparación con la familia o la escuela, aquél era el que había mostrado la mayor correlación positiva con el sentido de influencia y participación política de los individuos. Curiosamente, Eckstein mencionaba en las conclusiones de "A Theory of Stable Democracy" que, por desgracia, no contaba en ese momento con ningún estudio empírico que le permitiera comprobar su teoría, por lo que, en cierto sentido, el libro de Almond y Verba puede considerarse parte de la prueba empírica que Eckstein buscaba.

Almond explicó que la correlación positiva encontrada entre la participación en las decisiones que se toman en el empleo y la competencia cívica subjetiva se debía muy probablemente a que las es-

²⁷ Vid. el capítulo 12, "Political Socialization and Civic Competence" de *The Civic Culture... op. cit.*

²⁸ Vid. Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, Paidós, 1971 y Karen Horney, *El nuevo psicoanálisis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979. Por cierto, tal vez sea pertinente señalar que Adorno nunca estuvo de acuerdo con esta orientación, lo que puede verse en su ensayo "La revisión del psicoanálisis", en Theodor Adorno y Max Horkheimer. *Sociológica*, Madrid, Taurus, 1966.

²⁹ Véase la nota número 5 del mismo capítulo 12 de *The Civic Culture... op. cit.*

³⁰ Harry Eckstein, "A Theory of Stable Democracy", *Research Monograph* #10, Princeton, Center for International Studies, Princeton University, 1961.

³¹ Eckstein expone esta teoría en *Division and Cohesion in Democracy. A Study of Norway*, Princeton, Princeton University Press, 1966. Vid. particularmente el Apéndice B de "A Theory of Stable Democracy"... *op. cit.*

estructuras de autoridad política y laboral tienen muchas cosas en común; a que se asemejan, y a pesar de que relegó a la familia y las experiencias infantiles con la autoridad a la tercera posición, no le negó importancia. La instancia familiar y la etapa infantil son experiencias importantes del individuo porque

muchos de los rasgos de su personalidad se perfilan en ese momento y en ese espacio, sin embargo ¿qué tan definitorios son?³² O, haciendo una pregunta mucho más puntillosa ¿qué tan factible es inferir la conducta política de un individuo mediante la tipificación de sus rasgos de personalidad?

La personalidad política

Almond, así como Adorno, Fromm, Eckstein, Greenstein y muchos otros que han escrito sobre el tema, estaban conscientes de que uno de los problemas más importantes de la teoría de la personalidad política es precisamente encontrar correlaciones claras y precisas entre tipos de personalidad y conductas políticas específicas. A pesar de ello, varios de estos autores, como Almond en algún momento, trataron de establecer ciertas conexiones, encontrándose con una serie de dificultades para desprender inferencias congruentes en estos cuatro sentidos: 1) de la infancia a la vida adulta; 2) de la personalidad básica a la conducta real; 3) de la vida privada a la vida social; y 4) de la convicción personal a la decisión institucional.³³

La primera de estas cuatro correspondencias, el nexo causal entre las experiencias infantiles y el carácter adulto, es un postulado básico de la teoría psicoanalítica, que Almond asumió plenamente en sus primeros escritos, como se ha mostrado, pero que posteriormente abandonó, como también se

evidenció en *The Civic Culture*. La prueba palmaria de ello fue la colocación de la familia y las experiencias infantiles con la autoridad en el tercer lugar de prelación en la importancia de las estructuras de la socialización política. No obstante, en realidad, lo que Almond abandonó, fue la idea de que hubiera alguna vinculación causal directa entre las experiencias infantiles y el carácter de la vida adulta, o al menos la posibilidad de probarla empíricamente. Esto no significa que haya abandonado del todo la idea de que existe alguna conexión, sobre todo la conexión del modelo de autoridad padre-hijo y el sentido de competencia política.

Sin embargo, sigue siendo un problema complejo el establecimiento de la conexión entre estas dos etapas del individuo. No sólo hay que tener en cuenta que entre ambos momentos media una cantidad de tiempo significativa, difícil de comprimir, sino que además los recuerdos de la niñez se encuentran sometidos a un proceso de adaptación y ajuste desde la situación emocional y afectiva del adulto: lo

³² Algunos autores han identificado la etapa que va de los 7 a los 13 años como el período más importante de la socialización política de los individuos. Vid. David Easton y Jack Dennis, *Children in the Political System. Origins of Political Legitimacy*, Nueva York, McGraw Hill, 1969 y Fred I. Greenstein, *Children and Politics*, Nueva Haven y Londres, Yale University Press, 1965. Vid. también Stanley Allen Renshon, "The Role of Personality Development in Political Socialization", en David and Sandra Kenyon Schwartz (eds.), *New Directions in Political Socialization*, Nueva York, The Free Press, 1975.

³³ De manera similar, Greenstein ha identificado 5 problemas básicos para conectar la personalidad con la conducta política: 1) los actores políticos están distribuidos azarosamente en diferentes roles y de ahí que sus personalidades estén "bloqueadas"; 2) la acción política está más determinada por los ambientes políticos de los actores que por sus propias características; 3) el estrato particular de la psique que muchos científicos políticos equiparan a la *personalidad*, la psicodinámica, y las defensas del yo, no tienen mucho impacto político; 4) las características sociales de los actores políticos son más importantes que sus características psicológicas; y 5) generalmente los individuos son incapaces de ejercer una gran influencia en las decisiones políticas. Vid. Fred I. Greenstein, "Can Personality and Politics Be Studied Systematically?", en John T. Jost y Jim Sidanius (eds.), *Political Psychology. Key Readings*, Nueva York y Hove, Psychology Press., 2004.

que recuerda el individuo acerca de la consideración de sus deseos y opiniones infantiles muy probablemente sea una *racionalización* de su situación en la vida adulta. Esta limitación es muy difícil de superar con el método seguido por Almond: interrogar a los adultos sobre sus recuerdos infantiles, encontrando una correlación positiva entre el sentido de la competencia cívica adulta y la participación infantil en las decisiones familiares. En estos casos, cabe preguntarse ¿cuál de estas dos experiencias está induciendo la percepción positiva de la otra?³⁴

Por lo que se refiere a la segunda correspondencia, Almond también está consciente de que una cosa es la personalidad básica y otra distinta la conducta social real. El concepto de personalidad implica una propensión a la conducta y no su traducción directa en hechos concretos, pues la forma en que éstos se dan depende siempre de una constelación de circunstancias objetivas que no es fácil tomar en cuenta.³⁵

Uno de los primeros problemas que se enfrentan para tratar de establecer una relación entre la personalidad y la conducta es qué modelo de personalidad se tomará como base ¿la personalidad típica de la comunidad local, la de la clase social, la del grupo étnico o la del conjunto nacional? Una vía de solución es tratar de establecer la *personalidad modal*, es decir, la personalidad que se presenta con mayor frecuencia en la sociedad, pero al hacerlo así se asume el riesgo de que la proporción de la moda pueda ser baja en proporción con el conjunto social, haciendo más imprecisa aún la vinculación.³⁶

Así, es tan difícil establecer una conexión causal diáfana y precisa entre los dos factores, que la

utilidad práctica de este tipo de teorías en la explicación de los fenómenos políticos resulta bastante limitada, por lo que su utilización debe hacerse con suma cautela.

El problema central con la tercera correspondencia es que a pesar de que Almond basa una buena parte de sus argumentos en la vinculación entre las actitudes no políticas y las políticas, es necesario tener en cuenta que las percepciones, ideas y valores de la vida privada no siempre se traducen directamente a la vida social ya que este medio impone al individuo una serie de condicionamientos que no es fácil desentrañar ni superar. Más aún, las elecciones y preferencias de los individuos no tienen origen necesariamente en sus procesos mentales internos, sino que en buena medida provienen del exterior, a veces como costumbres, tradiciones o restricciones culturales.³⁷

La vida social del individuo lo coloca así en una serie de contextos y ambientes a los cuales debe ajustar su conducta, en donde sólo puede expresar los rasgos profundos de su personalidad de manera parcial. Además, debe advertirse que no puede deducirse la disposición o carácter de un grupo social con la sencilla suma de las personalidades que lo conforman, sin embargo, esta tendencia, común en la mayor parte de las teorías que se apoyan en el individualismo metodológico, no está del todo ausente en las explicaciones de Almond.

Por otro lado, un problema adicional irresuelto en esta teoría es la equiparación de los valores de la vida privada y la pública, es decir, entre la ética privada y la ética pública. Aunque Almond no afronta el problema en estos términos, la relación que

³⁴ Vid. Christian Bay, *La estructura de la libertad*, Madrid, Tecnos, 1961.

³⁵ Sobre el concepto de personalidad política véase Robert E. Lane, "Personality, Political. The Study of Political Personality", en David L Sills, (ed.) *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 12, Nueva York, The Macmillan Company, 1968. Además, para el concepto específico de la estructura de la personalidad básica puede verse Abram Kardiner, *El individuo y su sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975. Vid. también Clyde Kluckhohn, *Mirror for Man*, Nueva York, Premier Book, 1963.

³⁶ Sobre el concepto de *personalidad modal* véase el estudio clásico de Alex Inkeles y Daniel J. Levison, "National Character: The Study of Modal Personality and Sociocultural Systems", en Gardner Lindzey y Elliot Aronson (eds.), *The Handbook of Social Psychology*, vol. IV, Reading, Mass., Addison Wesley Pub., 1969 (1954).

³⁷ Vid. Aaron Wildavsky, "Choosing Preferences by Constructing Institutions: A Cultural Theory of Preference Formation", en *American Political Science Review*, vol. 81, núm. 1, marzo de 1987 y Robert E. Lane, "Rescuing Political Science From Itself", en David O. Sears, Leonie Huddy and Robert Jervis (eds.), *Oxford Handbook of Political Psychology*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

trata de establecer entre las actitudes no políticas y las políticas hacen que inevitablemente se plantee el problema clásico de la ética pública y la ética privada.

Almond toma el partido de equiparar la significación de ambos campos valorativos. Así, se produce un escenario en el que las actitudes políticas positivas del ciudadano pueden rastrearse en la familia, el vecindario, la empresa, la ciudad o el país, es decir, podría así sugerirse la deducción de que un buen ciudadano es un buen padre de familia, o un buen marido, o un buen compañero de trabajo, o un buen miembro del sindicato, y a la inversa. La proposición de Almond deja, ciertamente, un margen suficiente para no tratar de extraer una relación causal entre las conductas del ámbito privado y del público, pero asume una correlación positiva entre los valores de uno y otro terreno.

Esta relación puede conducir a lo que Robert Lane llamó la despolitización del ciudadano, es decir, el enjuiciamiento de éste a partir de los valores no políticos, de principios morales que corresponden a la ética privada.³⁸

Finalmente, para la cuarta correspondencia, es conveniente tener presente que siempre hay una serie de restricciones que impiden convertir la convicción personal en decisión institucional. Esto es mucho más claramente perceptible en el caso de las élites políticas encargadas de tomar las decisiones más importantes de un Estado, quienes no siempre pueden imponer su voluntad pasando por encima de costumbres, leyes o la oposición de otras instituciones o autoridades. En este sentido, tal vez uno de los rasgos más notables de la modernización política sea precisamente el sometimiento de las élites polí-

ticas al estado de derecho, además de su colocación bajo la supervisión y vigilancia de una considerable cantidad de entidades públicas y privadas.³⁹

A pesar de que Almond está consciente de algunas de estas restricciones, al grado de que ha llegado a rechazar el mismo concepto de personalidad política, sobre todo cuando trata de atribuírsele el rango de explicación causal en el cual él mismo creyó alguna vez, las bases de su teoría están construidas en una buena parte sobre muchos de estos supuestos, lo cual la hace susceptible de una cuidadosa revisión.

En este artículo se ha tratado de mostrar que el concepto y la teoría de la cultura cívica de Almond y Verba se encuentran estrechamente vinculados con las teorías de la personalidad desarrolladas en el campo de la psicología social. Este señalamiento tiene relevancia en tanto que muy frecuentemente se usa y asume el concepto de cultura cívica sin reparar en estas vinculaciones, las cuales una vez denotadas podrían dar una idea más amplia del terreno teórico que se está pisando.

Haciendo explícito este nexo, es probable que se caiga en la cuenta de que algunas de las limitaciones explicativas de la teoría de la cultura cívica obedecen en buena medida a limitaciones similares de los estudios sobre la personalidad, algunas de las cuales han sido enumeradas en la última sección de este artículo y permiten ilustrar la dificultad para inferir pautas del comportamiento político a partir de los rasgos de la personalidad.

Recibido el 21 de febrero del 2006

Aceptado el 10 de septiembre del 2006

³⁸ Vid. Robert E. Lane, *Political Man*, Nueva York, Free Press, 1972. Para este tema particular, puede consultarse especialmente la parte V "The Good Citizen".

³⁹ Sobre la relación entre los líderes políticos y las masas que los siguen véase Charles Lindholm, *Carisma. Análisis del fenómeno carismático y su relación con la conducta humana y los cambios sociales*, Barcelona, Gedisa, 2001.

Bibliografía

Adorno, Theodor Ludwig Wiesengrund y Max Horkheimer, *Sociológica*, Madrid, Taurus, 1966.

—————, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y R. Nevitt Sanford, *The Authoritarian Personality*, Nueva York, Harper & Row, 1950.

Almond, Gabriel Abraham, "Politics, Science and Ethics", en *American Political Science Review*, vol. 40, núm. 2, abril de 1946.

—————, *The Appeals of Communism*, Princeton, Princeton University Press, 1965 (1954).

—————, "The Political Attitudes of Wealth", en *The Journal of Politics*, vol. 7, núm. 3, agosto de 1945.

—————, *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999 (1990).

—————, *Ventures in Political Science. Narratives and Reflections*, Boulder, Lynne Rienner, 2002.

————— y G. Binham Powell, *Política comparada. Una concepción evolutiva*, Buenos Aires, Paidós, 1978 (1966).

————— y Sydney Verba, *The Civic Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1963.

—————, R. Scott Appleby y Emmanuel Sivan, *Strong Religion. The Rise of Fundamentalisms Around the World*, Chicago, University of Chicago Press, 2003.

—————, G. Bingham Powell, Kaare Strom y Russell J. Dalton, *Comparative Politics Today. A World View*, Nueva York, Longman, 2000.

Bay, Christian, *La estructura de la libertad*, Madrid, Tecnos, 1961.

Billig, Michael, *Fascist. A social Psychological View of the National Front*, Londres, Academic Press, 1978.

Bunzel, John H., *Antipolitics in America*, Nueva York, Vintage Books, 1970.

- Christie, Richard y Marie Jahoda (eds.), *Studies in the Scope and Method of "The authoritarian personality"*, Glencoe, Free Press, 1954.
- Coser, Lewis Alfred, *Instituciones voraces*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- Easton, David y Jack Dennis, *Children in the Political System. Origins of Political Legitimacy*, Nueva York, McGraw Hill, 1969.
- Eckstein, Harry, "A Theory of Stable Democracy", en *Research Monograph #10*, Princeton, Center for International Studies, Princeton University, 1961.
- , *Division and Cohesion in Democracy. A Study of Norway*, Princeton, Princeton University Press, 1966.
- Erikson, Erik H., *Infancia y sociedad*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1993.
- Eysenck, Hans Jürgen, *Psicología de la decisión política*, Barcelona, Ariel, 1964.
- Fromm, Erich, *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, Paidós, 1971.
- *et. al.*, *La familia*, Barcelona, Península, 1970.
- Funke, Friedrich, "The Dimensionality of Right-Wing Authoritarianism: Lessons from the Dilemma Between Theory and Measurement", en *Political Psychology* vol. 26, núm. 2, abril de 2005.
- Goodin, Robert y Hans-Dieter Klingeman (eds.), *Nuevo manual de ciencia política*, Madrid, Istmo, 2001 (1996)
- Greenstein, Fred I., *Children and Politics*, Nueva Haven y Londres, Yale University Press, 1965.
- Horney, Karen, *El nuevo psicoanálisis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Inglehart, Ronald, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Madrid, CIS, 1991.
- Jost, John T. y Jim Sidanius (eds.), *Political Psychology. Key Readings*, Nueva York y Hove, Psychology Press, 2004.

- Kardiner, Abram, *El individuo y su sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Kluckhohn, Clyde, *Mirror for Man*, Nueva York, Premier Book, 1963.
- Lane, Robert E., *Political Man*, Nueva York, Free Press, 1972.
- Lasswell, Harold, *The Analysis of Political Behaviour. An Empirical Approach*, Londres, Routledge y Kegan Paul, 1966 (1947).
- Lindholm, Charles, *Carisma. Análisis del fenómeno carismático y su relación con la conducta humana y los cambios sociales*, Barcelona, Gedisa, 2001.
- Lindzey, Gardner y Elliot Aronson (eds.), *The Handbook of Social Psychology*, vol. IV, Reading, Mass., Addison Wesley Pub., 1969 (1954).
- Long, Samuel L., *The Handbook of Political Behavior*, Nueva York, Plenum, 1981.
- Oesterreich, Detlef, "Flight into Security: A New Approach and Measure of the Authoritarian Personality", en *Political Psychology*, vol. 26, núm. 2, abril de 2005.
- Pool, Ithiel de Sola (ed.), *Contemporary Political Science: Toward Empirical Theory*, Nueva York, McGraw-Hill, 1967.
- Proshansky, Harold y Bernard Seidenberg (eds.), *Estudios básicos de psicología social*, Madrid, Tecnos, 1973.
- Pye, Lucian y Sydney Verba. (eds.), *Political Culture and Political Development*, Princeton, Princeton University Press, 1965.
- Robinson, John P., Phillip R. Shaver y Lawrence S. Wrightsman (eds.), *Measures of Political Attitudes*, vol. 2, San Diego, Academic Press, 1999.
- Rokeach, Milton, *The Open and Closed Mind*, Nueva York, Basic Books, 1960.
- Sears, David O., Leonie Huddy y Robert Jervis (eds.), *Oxford Handbook of Political Psychology*, Oxford, Oxford University Press, 2003.
- Schwartz, David y Sandra Kenyon (eds.), *New Directions in Political Socialization*, Nueva York, The Free Press, 1975.

Sills, David L. (ed.), *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 12, Nueva York, The Macmillan Company, 1968.

Stouffer, Samuel A., *Communism, Conformity and Civil Liberties. A Cross-Section of the Nation Speaks its Mind*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1955.

Wildavsky, Aaron, "Choosing Preferences by Constructing Institutions: A Cultural Theory of Preference Formation", en *American Political Science Review*, vol. 81, núm. 1, marzo de 1987.

Wilson, Glenn D., *The Psychology of Conservatism*, Londres/Nueva York, Academic Press, 1973.